

NOVELA POPULAR
CINEMATOGRAFICA



Año IV
Número 181

25 cts.

Protagonista
Shirley Mason

Cartas de amor

Con este número se regala el retrato y biografía de JACQUELINE LOGAN

SOLOMON, David

Novela Popular

Cinematográfica

CARTAS DE AMOR

(LOVE LETTERS, 1924)

Argumento, en forma de novela, de la primorosa película del mismo título. Producción de la celebrada casa «Fox», de la que es concesionaria, para España y Portugal, «Hispano Foxfilm», Valencia, 280

Protagonista : SHIRLEY MASON



PUBLICACIONES MUNDIAL

BARCELONA — APARTADO 925



CARTAS DE AMOR

Trasmitiendo, en forma de novela, la historia de un amor, el mismo libro, publicado en la colección de la que es continuación, para que el lector pueda seguir el desarrollo de la historia.

WILLIAM SHIRLEY NASON

PRIMERA PARTE

Durante dos años, la vida conyugal de los Crosslands se había deslizado plácidamente en su casita de los alrededores de la ciudad. Ella, hacendosa y cariñosa, le había rodeado a él de atenciones y cuidados. El, trabajador y honrado en sus negocios, había procurado que no le faltara a ella ningún capricho. Habían sido, por lo tanto, felices en igual medida.

Una noche, después de regresar de sus quehaceres cotidianos, Dan, que así se llamaba él, se puso a hojear la prensa. De súbito, una noticia le llamó grandemente la atención.

—Oye, Julia,—dijo a su esposa,—mira lo que dice este periódico.

Y leyó:

«Los secretos de la caja de cedro, dejados entrever por el secretario particular de Tomás Chadwicke, a quien éste despidió, han causado gran revuelo. La famosa caja está siempre cerrada con llave y su pro-

pietario nunca se separa de ella... Si algún día se hace público el contenido de las cartas de amor escritas a este famoso Don Juan, cartas que él guarda en la célebre caja, más de un aristocrático matrimonio sufrirá las consecuencias del escándalo.»

Mientras Dan leía, Julia se había ido poniendo pálida, pero su marido no lo advirtió. Al acabar de leer, dijo con no simulado entusiasmo:

—¡Este es un Don Juan de los que a mí me gustan!

Ella, cuya nerviosidad era evidente, respondió, con voz un tanto irritada:

—¡Un hombre así es despreciable! ¡No está bien que apruebes, con tanto entusiasmo, a un malvado, que no otra cosa puede ser ese hombre!

—No hagas caso—repuso él, contemporizador,—era una broma.

Hubo un largo silencio, un tanto penoso. El, dejando el periódico sobre una mesa, dijo:

—Vamos a la casa de al lado a ver cómo Evelina y Jaime lo han dispuesto todo.

—Vamos—contestó ella, como si aquello fuese una liberación, pues realmente, la noticia del periódico había llegado a preocuparla en gran manera.

La casa de al lado, muy semejante a la del matrimonio, estaba ya dispuesta para recibir a su nuevo dueño, que nadie sabía quién fuese. Había sido encargado de prepararla, Jaime Stenton, nombrado secretario particular del dueño por correspondencia. No conocía, pues, todavía a su principal personal-

mente. Le había ayudado a todo su novia, que era hermana de Julia y que se llamaba Evelina.

Evelina, protagonista principal de este relato, era la mujer más simpática e ingeniosa que sea dado imaginar. Sus consejos valieron mucho a Jaime para su tarea.

Cuando Julia y Dan llegaron, Evelina y Jaime les mostraron, habitación por habitación, toda la casa. Visto ya todo, Julia dijo a su futuro cuñado:

—Hay detalles de muy buen gusto, Jaime. Pero, no sé... si he de decirte la verdad, encuentro toda la casa un poco fría... quiero decir, poco íntima.

—De eso no soy yo responsable... He seguido las instrucciones recibidas.

—Bien, ya lo sé. Ahora, resuélvense dos enigmas: ¿Quién es el propietario de esta casa y por qué se viene a vivir aquí?

—No lo sé... Ya sabes cómo tuve esta colocación.

Así diciendo, mostró una carta que decía:

«Sus recomendaciones no podían ser mejores, de modo que puede usted considerarse como mi secretario particular desde el momento en que reciba esta carta. Llegaré a ésta muy en breve. Ya le indicaré fecha con tiempo. Prepare la casa y elija una habitación para usted. Su seguro servidor,

«Tomás Driscoll.»

—¡Qué hombres más raros hay por el mundo!—exclamó Julia.

Jaime, dirigiéndose a Evelina, le dijo:

—Me prometiste ser mi esposa en cuanto tuviera una buena colocación.

—Es verdad. Puedes disponerlo todo para celebrar la boda.

Dan, que les oía, gritó con cierto alborozo:

—¡Mil felicidades! ¿No hay nada por ahí con que celebrar vuestro próximo enlace?

Jaime trajo una botella de licor y unos pasteles. Se sentaron los cuatro en torno a una mesa, y comenzaron a hacer mil comentarios halagüeños sobre el porvenir. La charla era grata, ingeniosa, llena de alusiones a la felicidad que esperaba a Evelina y Jaime, que Julia y Dan les deseaban tan grande como la que ellos saboreaban desde hacía dos años.

De súbito, se abrió la puerta y un hombre alto, simpático, de rostro franco y abierto, apareció en ella. Todos volvieron la cabeza hacia la puerta. Las dos mujeres palidecieron, por más esfuerzos que hicieron por evitarlo. Jaime se puso en pie, figurándose que el recién llegado era su principal. Dan, que en la noticia que había leído poco antes había visto el retrato de aquel hombre, lo reconoció y dijo, después de los primeros momentos de vacilación:

—¡Oh! ¡Es Chadwicke!... ¡Y trae, como puede verse, su famosa caja de cedro!

En efecto, el recién llegado llevaba, en una mano, una pequeña cajita.

Al oír las palabras de Dan, repuso, con gran tranquilidad:

—Soy, ciertamente, la persona que usted acaba

de nombrar. Pero, a fin de librarme de la notoriedad que ha atraído sobre mí la indiscreción de mi ex secretario, he tomado el nombre de uno de mis criados.

Explicado todo, hubo un largo silencio.

Jaime se adelantó y dijo al recién llegado.

—Señor Chadwicke, soy Jaime Stenton, su nuevo secretario...

—Perfectamente.

Un momento después, dueño ya de la situación, como lo era siempre, Chadwicke logró acercarse a Evelina y decirle, sin que nadie lo advirtiera:

—¿No nos hemos visto nunca, antes de ahora, señorita?

—Debe usted confundirme con otra persona—repuso Evelina con voz segura.

—¡Oh!, en ese caso, mil perdones... Sin duda... sí... me he equivocado...

Luego de un breve silencio, habló de nuevo para preguntar a la joven:

—¿A qué se debe esta reunión, si no es indiscreta la pregunta?

—Celebrábamos el próximo enlace del señor Stenton conmigo.

—¡Ah!

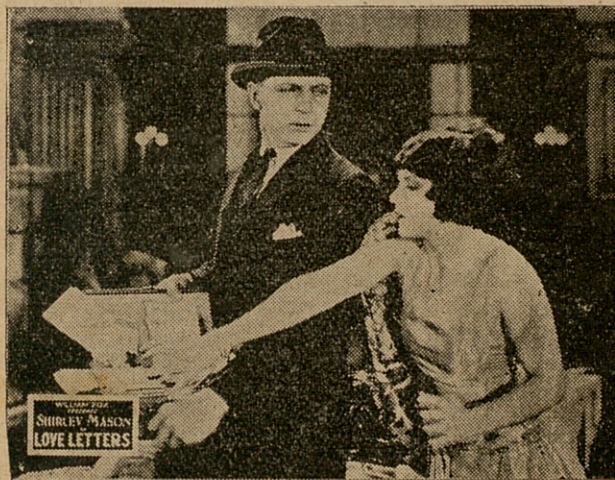
SEGUNDA PARTE

Pasaron unos días de tremenda inquietud para las dos mujeres, especialmente para Julia, que vivía con el alma en un hilo, sin sospechar que su hermana se hallaba en el mismo estado. Tampoco Evelina sospechaba lo que sucedía a su hermana. Pero pronto había de saberlo todo. No así Julia, respecto a ella. Claro que porque no había necesidad.

La línea sutil que separaba el pasado del presente, en la vida de Julia, parecía encerrar para ésta, en su propia imaginación, un gravísimo peligro.

Al fin, un día, llegó lo que temía. Verse a solas con su nuevo vecino. Era el atardecer. Ambos paseaban por sus respectivos jardines. El salió del suyo y entró en el otro. La cosa era fácil. Brillaban los primeros rayos poéticos de la luna. Todo era propicio para una evocación. Con la franqueza de un consumado Don Juan, él dijo de pronto a Julia, en cuanto estuvo a su lado :

—Ahora que la casualidad nos hace ser vecinos, Julia, podemos reanudar nuestra interrumpida amistad...



—Eso pasó... y está olvidado... para siempre... Me casé... soy feliz con mi marido...

—Pero tus cartas... subsisten.

—¿Una amenaza?

—De ningún modo... Pero tal vez te agradase venir esta noche a mi casa a leerlas... a no ser que

preferas que yo las lleve a la tuya... y que las leamos allí...

—¡Imposible, imposible!

Repetiendo esta palabra, se alejó, más preocupada que nunca... El la miró cómo se alejaba, iniciando una sonrisa, como de triunfador.

A medida que fué siendo más tarde, aquella noche, el temor de Julia, leve al principio, se fué convirtiendo en miedo insufrible. ¿Sería capaz de ir aquel hombre a buscarla, con sus cartas?

Tan insufrible se le hizo el pensamiento de esta probabilidad, que se puso a escribir unas líneas para él, sin saber aún cómo las haría llegar a sus manos. Eran unas llenas atropelladas, que terminaban así:

«...mi amor pertenece completamente a mi marido. Le suplico que me devuelva las cartas que le escribí cuando aun no estaba casada. — Julia.»

Cuando acababa de escribir, la sorprendió su marido. Tuvo tiempo de romper lo que había escrito sin que él se diera cuenta. Sólo advirtió él la nerviosidad de que era víctima, lo que hizo que le dijera:

—Estás muy inquieta... ¿Qué te sucede?... Llamaré por teléfono a Jaime, para que traiga a Chadwicke y organicemos una partida de bridge.

—No lo hagas, Dan. Me parece que eso no está bien...

—¿Pero por qué no ha de estar bien? ¿Por su fama de conquistador? ¿Qué nos importa eso? Tú nunca le has escrito como otras mujeres...

No hablaron más... Julia salió, más nerviosa que nunca. Fué en busca de su hermana. Tenía necesidad de confesarse con alguien. En cuanto estuvo a solas con Evelina, le dijo:

—Es preciso que te diga una cosa muy importante, hermana mía... respecto a ese hombre que se ha venido a vivir a la casa de al lado...

—¿Una cosa grave?—preguntó Evelina, simulando una tranquilidad que no tenía.

—Hasta cierto punto, muy grave... ¿Te acuerdas, hace tres años, cuando Dan y yo no nos conocíamos aún? Pues en aquella época, conocí a Chadwicke y me enamoré de él... Le escribí, naturalmente, cartas de amor, sentimentales e imprudentes... Ahora me ha amenazado con traerlas aquí, para obligarme a reanudar relaciones con él...

—¿De verdad?

—¡Como lo oyes! Estoy, por este motivo, que no puedo vivir. ¡Figúrate si Dan se entera! ¿Qué me aconsejas que haga?

Como Evelina tardara en contestarle, Julia afirmó:

—Pero no es preciso que me aconsejes nada. Ya sé lo que tengo que hacer.

—¿Qué es lo que vas a hacer?

—He decidido ir a ver a Chadwicke y exigirle que me entregue las cartas que le escribí.

—Si haces tal cosa, eso le daría una nueva arma contra ti, y quedarías en peor situación todavía...

—Es verdad. Pero, ¿qué hacer entonces?

—Yo iré a ver a Chadwicke. Baja a impedir que

Dan pueda llamarlo por teléfono durante algunos minutos, los precisos para que yo hable con ese hombre.

—Pero, ¿y si Jaime te ve allí con él?

—Ya procuraré que no me vea. Y si me ve, encontraré el modo de justificar mi visita. Lo primero de todo es evitar un conflicto para ti.

—Gracias, hermana mía, muchas gracias.

Evelina salió sin titubear, y entró en la casa de al lado con la misma decisión. Halló, como esperaba, a Chadwicke solo. Este, al verla entrar, dijo:

—Por lo visto, no me equivoqué al insinuar que nos habíamos conocido antes...

Sin responder a esta alusión, Evelina dijo:

—Es preciso que te hable a solas...

—Estoy solo...

—Pero por ahí debe estar Jaime, mi novio, y es preciso que no me vea...

—No te preocupes... Buscaré un pretexto para alejarlo. ¿Te parece bien que tengamos la entrevista en mi estudio? ¿Si? Pues cuando ya se haya ido Jaime, encenderé y apagaré las luces varias veces. Entonces podrás ir allí sin cuidado... Nadie te verá... Yo dejaré la puerta abierta...

Salió el Don Juan, para realizar lo que había ideado. Allí mismo, antes de salir, escribió unas cuantas palabras en un trozo de papel blanco. Con él se fué en busca de Jaime al que se lo entregó y le dijo:

—Es un telegrama urgente. Vaya a depositarlo ahora mismo.

Jaime salió. A poco, ya en su estudio, Chadwicke apagó y encendió las luces varias veces, como había dicho. Sin miedo a nada, Evelina se encaminó hacia aquella estancia, donde se la esperaba con un propósito, y a la que ella iba con otro bien distinto.

TERCERA PARTE

En cuanto la joven entró, Chadwicke, muy amable, y muy galante, le indicó un cómodo asiento. Ella, con perfecta naturalidad, se sentó del mismo modo que lo habría hecho en su propia casa. El, entonces, mirándola con detención, exclamó, con una sonrisa que quería ser acariciadora:

—Igual que en otros tiempos, ¿no es verdad, Evelina? ¿Te acuerdas, hace tres años, de aquellos deliciosos días que pasamos, cuando tú estabas de vacaciones?

—Claro que los recuerdo...

—A mí no se me olvidarán nunca. Todavía recuerdo, desde su primera a su última palabra, la carta que me enviaste al marchar. Terminaba así:

«...sé que está muy mal que me entrevistes contigo como lo he hecho durante las vacaciones escolares, y aunque sienta que

se hace pedazos el corazón, es preciso que no vuelva a verte. Tuya siempre. — *Evelina.*»

—¿Eso te decía?—preguntó la joven, simulando gran sorpresa.—¡Qué tonta debí parecerte!, ¿verdad? Pero no, fuiste siempre tan amable para mí, que eso debió parecerte natural... A propósito, ¿qué has hecho de todas aquellas cartas tan tontas que entonces te escribí? A menudo me he preguntado qué habría sido de ellas. Estoy seguro de que las conservas para reírte de vez en cuando de mis tonterías.

De este modo iniciaba Evelina, ingeniosa, el tema de las cartas. Tan bien supo hacerlo, que él no sospechó la verdad.

—Jamás has dicho tonterías. Tus cartas son, para mí, un regalo. Recuerdo ahora la que me enviaste después de la que antes he citado, que terminaba así:

«...las dulces horas que hemos pasado juntos. ¡Qué deseos tan grandes tengo de que terminen mis estudios, para que tú y yo podamos estar juntos siempre, siempre! Te adora tu *Evelina.*»

—Sí que es gracioso todo eso—dijo Evelina, riendo ruidosamente.—¿Por qué no me dejas leer todas mis cartas? Sería muy curioso para mí, y muy divertido...

Estaban junto a un balcón, que daba al jardín

y que estaba abierto, por el que llegó un ruido caro, como de árbol movido con violencia. Evelina se tranquilizó. El, advirtiéndolo, le dijo:

—No te asustes... Es el viento... Ella insistió en su propósito:

—¿De qué pueden servirte ahora esas cartas?

—Ya te he dicho que son un regalo para mí, por cierto inapreciable, del que jamás me desprenderé.

—Bueno. Consiento en que te quedes las mías, pero a cambio de que entregues las de mi hermana Julia...

—¿Por qué las de tu hermana? ¿Sabías?...

—Lo sé todo... Y esas cartas son para ella, por su marido, por su hijo, la tranquilidad, la dicha...

—También lo serían las tuyas para ti, supuesto que eres la novia de mi secretario.

—Te repito que puedes quedarte mis cartas, a cambio de las tuyas... Es necesario que yo me sacrifique por mi hermana...

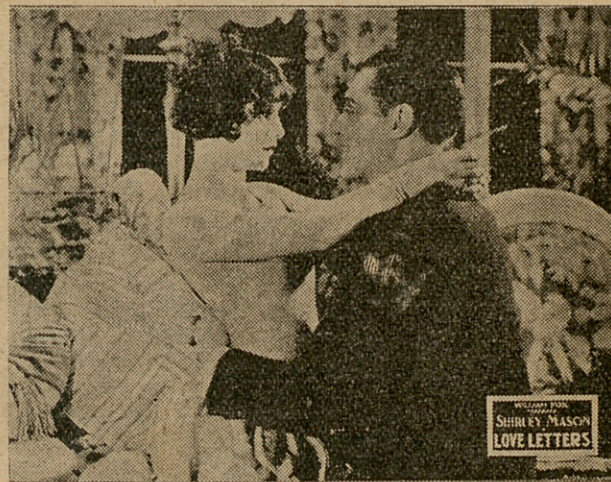
Como él no le contestara accediendo a lo que le pedía, añadió en tono de ruego:

—Te lo suplico... Haz lo que te pido... Es por la tranquilidad de Julia, que lleva varios días de no vivir de inquietud... Ama a su marido y si lo perdiera moriría... También yo amo a Jaime, pero aun no estoy casada y prefiero perderlo, si así he de salvar a mi hermana del dolor que sufre. Dame esas cartas. A cambio de ellas, no sólo te dejo las mías, sino que estoy dispuesta a hacer lo que quieras...

—¿Lo que yo quiera?

—Sí...

En este momento, apareció en la puerta del estudio, con gesto amenazador, una mujer desconocida. Al verla, Chadwicke palideció, se puso en pie



y dijo a la joven llegada, volviendo la espalda a Evelina:

—¿Cómo me has podido encontrar?

—Los periódicos han hablado de tu regreso de Europa, y fué muy fácil seguirte la pista hasta aquí...

—¿Pero cómo has podido llegar hasta aquí?

—Muy fácilmente. He entrado por la puerta de servicio, puesto que tu portero me dijo que tenía orden de no dejar entrar a nadie. Sin duda alguna, esa orden sería mucho más rigurosa en lo que a mí se refiere. Pero ya ves el resultado: no hay orden que valga para mí cuando me propongo una cosa... Venía con el propósito de verte y aquí estoy... Tendrás que oírme... He de decirte muchas cosas, algunas quizá nada agradables...

—Harías bien en marcharte, sin dar escándalo...

—¿Marcharme? Te equivocas si supones que voy a hacer semejante cosa. He venido para hablarte, como ya te he dicho, de muchas cosas. No me iré, por lo tanto, mientras no te las haya dicho.

Chadwicke temblaba de rabia de verse tratado de aquel modo delante de otra persona, y mas siendo esta persona Evelina, que él creía que le tenía mucho respecto y que, ante aquella escena, pensaba que llegaría a perder toda consideración por él.

Sin saber qué hacer ni qué decir, miraba ora a Evelina, ora a la recién llegada. Esta, sonriendo con aire triunfador, resistía su mirada. De pronto, como si acabara de descubrir a Evelina, exclamó:

—¡Ah! ¡Hay aquí otra mujer! Oye lo que te digo: Si pretendes abandonarme por otra, ¡lo pagarás muy caro!

CUARTA PARTE

Hubo un largo silencio. Evelina, avergonzada, ni siquiera levantaba la cabeza. Al fin, Chadwicke, dominando la situación, dijo con voz segura:

—Lo mejor es que tomemos alguna cosa, para tonificar nuestros nervios... Después, nos entenderemos mucho mejor, supuesto que no hay motivos para que estemos en desacuerdo...

—Esta señorita —añadió después de una breve pausa, y como si presentara a Evelina— es una amiguita de la vecindad.

—No, mientas—gritó la recién llegada. —No es una amiga, es mi rival. ¿Verdad—añadió dirigiéndose a nuestra protagonista—que es usted mi rival?

Evelina sentía gran repugnancia de aquella conversación y se puso en pie para marcharse. Sin contestar nada a lo que la otra mujer le había dicho, se encaminó a la puerta. Antes de que saliera, aquella otra mujer le gritó:

—Si es usted mi rival, le aseguro que no le van a quedar ganas de seguir siéndolo.

Evelina tampoco contestó a esta grosería. Todo esto la había puesto como enferma y marchaba rápida hacia su casa, con deseos de estar sola en su habitación.

En aquel mismo momento, Jaime llegaba, deseoso de verla. Por fortuna, no la vió salir de casa de su principal, ni entrar en su casa. Salió a ver qué quería Julia, que luego marchó a ver a su hermana, a la que dijo:

—¿Traes las cartas?

—No, ha sido imposible. Han sucedido un montón de cosas, que ya te contaré, que lo han evitado.

—Jaime está abajo y quiere hablarte.

—No puedo verle ahora... ¡Es imposible...! ¡Vería en mi cara la vergüenza que acabo de pasar!

Bajó Julia y dijo a Jaime:

—Evelina tiene una jaqueca atroz y no he querido decirle que estabas aquí, porque estoy segura que habría venido y esto podía perjudicarla... Es mejor que repose tranquilamente.

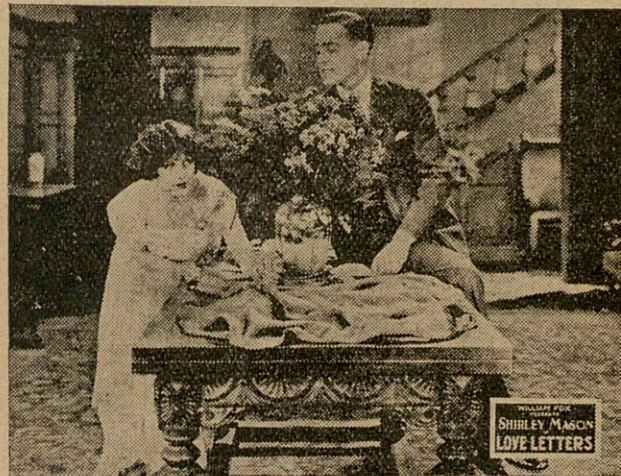
—Sólo quería decirle que esta misma noche dejaré mi empleo... Me repugna la clase de vida de ese hombre, que es todo un misterio... Por lo que veo, su pasado es un puro lío.

Julia, que quería salvar a toda costa su felicidad, sin pensar mucho en si era o no una indiscreción lo que iba a hacer, fiada, por lo pronto, en la formalidad del novio de su hermana, dijo:

—Antes de dejarlo, prométeme que harás una cosa por mí.

—¿Qué es ello?

—No me condenes, Jaime. En esa famosa caja de



cedro de tu principal hay algunas cartas mías... Yo no conocía aún a Dan... Escribí cartas de amor a ese hombre, que me habló de amor muchas veces... Prométeme que te apoderarás de esa caja. De ello depende mi dicha futura.

—Traeré la caja—dijo Jaime, y se marchó.

Julia volvió a escape al lado de su hermana, a la que dijo:

—Ya no hay que apurarse: Jaime me ha prometido traerme la caja en la que están mis cartas.

En voz que su hermana no pudo oír, Evelina murmuró:

—Si Jaime abre la caja de cedro, todo habrá terminado... para mí...

Al decir esto, recordó, palabra por palabra, la última carta que había escrito a aquel hombre, carta que, si caía en manos de Jaime, era suficiente para que no quisiera verla más. Decía aquella carta, breve y concreta:

«Te amo con todo mi corazón, aunque es grande la diferencia de nuestras edades. No me importa lo que pueda pensar el mundo. Tuva siempre. — *Evelina.*»

Jaime logró apoderarse de la caja fácilmente, aunque ésta estaba en el estudio de su principal y éste estaba allí. Pero hallándose discutiendo con la desconocida, no se dió cuenta de nada. Salió con ella, llegó a la casa vecina, y dijo al primer criado con quien tropezó:

—Diga usted a la señora Julia que deseo hablar con ella inmediatamente.

En tanto, en el estudio de Chadwicke continuaba la discusión, cada vez más acalorada. Había empezado en cuanto Evelina se marchó, y cada vez se iba haciendo más encendida, hasta el punto de que

él ya no se podía dominar. Ella, llegó, por último, a las frases que hieren como latigazos. Ante una de éstas, insultante en grado sumo, Chadwicke se arrojó sobre la mujer como para castigarla. En el mismo momento, por el balcón que antes había entrado un ruido extraño, advertido por Evelina, entró ahora un disparo, que fué a clavarse en el corazón del hombre. Murió en el acto. La mujer huyó. Un criado llamó por teléfono a la policía. El mismo hombre que había disparado desde un árbol del jardín—y el ruido que hizo al subir fué el que Evelina oyó—se presentó momentos después en la casa del muerto, diciendo a los criados:

—Soy agente de la policía; pasaba por la calle y he oído un disparo en esta casa. ¿Qué ha sucedido?

—Nuestro amo ha sido asesinado.

—Vayamos al lugar del crimen.

Entraron todos en el estudio. Ya allí, el hombre que acababa de llegar preguntó:

—¿Está todo en esta habitación tal y como estaba cuando este señor fué asesinado?

—Sí, señor. Falta una mujer que había aquí y que no sabemos si se ha ido antes o después del crimen. Falta también una caja de cedro, que el señor Stanton, secretario de nuestro amo, se llevó momentos antes del crimen... Parece que el señor Stenton está en casa de la familia Crosslands, que es al lado.

Bastante contrariado por aquella noticia, aquel hombre se dispuso a ir a la otra casa, aunque era evidente que ello le disgustaba en gran manera,

QUINTA PARTE

Cuando el criado a quien Jaime había dado el recado para Julia cumplió su misión, Dan estaba delante. No pudo, pues, ella evitar que su marido la acompañara a recibir al novio de Evelina. También ésta, que acudió a última hora, les acompañó. Así, Jaime tuvo que hacer entrega de la caja ante todos. Sonriendo, Dan dijo:

—¡Vaya, vaya! ¡Aquí tenemos la famosa caja de cedro, de la que hasta los periódicos se han ocupado! ¡Abrámosla a ver lo que tiene dentro!

Con un tono que la habría descubierto, si su marido hubiese tenido celos, Julia dijo:

—No, no por Dios, Dan... Sólo serviría un hecho como ése para causar desgracias...

—¿Por qué te alarmas tanto, Julia... si no hay cartas tuyas dentro de la caja?

—No importa que no haya cartas mías... Me parece mal que abramos la caja, eso es todo.

—¿Pero por qué la ha traído Jaime?

La pregunta era difícil de contestar. Hubo, pues, un breve silencio. La llegada del hombre que se había presentado en la casa vecina como policía, salvó la situación. Dijo aquel hombre al entrar:

—Soy agente de la policía. He sabido que una caja de cedro del señor Chadwicke, que acaba de ser asesinado, ha sido traída aquí, y vengo a recogerla. Tengo fundadas sospechas de que ella ha sido la causa del delito... Me la llevaré, pues, para que figure en las actuaciones.

La noticia de la muerte del vecino les dejó a todos turulatos. Ninguno acertó a decir palabra. Tan tremenda era la sorpresa.

El supuesto policía agregó:

—¿Está aquí un tal Stenton, que según mis noticias es quien ha traído la caja?

—Soy yo—dijo Jaime.

—Perfectamente. Será usted llamado para declarar esta misma noche, y no le extrañe nada la probabilidad de que quede usted detenido.

Viendo lo que sucedía, Julia, con una valentía que la honraba, exclamó:

—La culpa de que la caja esté aquí, la tengo yo... Le pedí a Jaime que me la trajera porque contiene valores que el señor Chadwicke me guardaba...

—Eso será muy fácil de probar... en el juzgado.

—En el juzgado no, aquí—gritó Dan, extrañado de todo aquello y dudando un poco de su mujer.—¡Abrala usted, a ver si están ahí esos valores!

Evelina juzgó que había llegado la hora de salvar a su hermana, aun sacrificándose, y dijo:

—¡Un momento! Mi hermana Julia trata de protegerme, lo que yo le agradezco con toda mi alma. Pero la verdad es primero que todo. Lo que hay en esa caja, son cartas mías dirigidas a su dueño.

Diciendo esto, Evelina rehuyó la mirada de su novio, avergonzada. El, por fortuna para ella, no creyó sus palabras. Juzgó que hablaba de aquel modo por salvar a su hermana, toda vez que él sabía, por boca de la misma Julia, que las cartas eran suyas.

—No tardará en saberse la verdad. La caja será abierta, a su debido tiempo, por el juez—dijo el supuesto policía, y se dispuso a salir, con la caja debajo del brazo.

En este momento, entró en la habitación, inesperadamente, otro hombre, el cual, dirigiéndose al supuesto policía, le preguntó:

—¿Quién es usted?

—Un agente de la policía, encargado de investigar la muerte de Chadwicke.

—¿Desde cuándo me ha quitado usted el empleo?

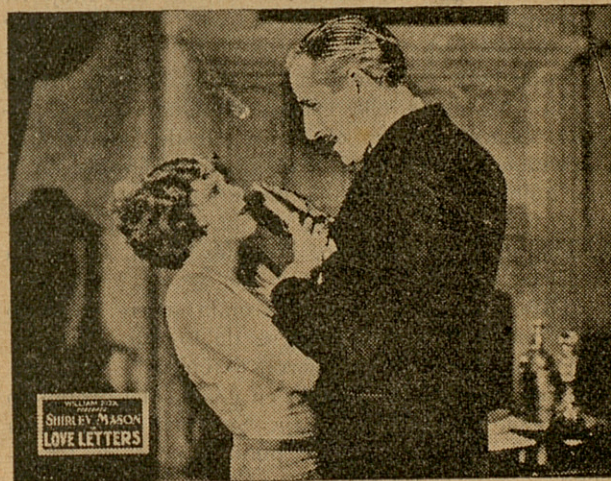
Al decir esto, el recién llegado había procurado evitar toda defensa de aquel a quien se dirigía. Después, le dijo, con tono de seguridad:

—Queda usted detenido, como autor de la muerte del señor Chadwicke.

En tanto que todos los presentes se miraban unos a otros sorprendidos, el policía verdadero colocó las

esposas al falso policía. Luego, se volvió hacia Jaime y le dijo:

—No debió usted haber sacado la caja de allí, señor Stenton.



—Ya lo sé. Ahora lo comprendo. Pero la cosa no tiene ya remedio.

—Es verdad. De todos modos, esa es una falta leve.

—Lo reconozco. Pero, hablando de otra cosa, ¿có-

mo ha podido usted averiguar que este hombre es el asesino de mi principal?

—Muy fácilmente. El criado de Chadwicke me acaba de decir que había enviado a esta casa a un detective... Al atravesar el jardín, para venir aquí, encontré a una mujer, escondida, que temblaba... de miedo. El criado me había hablado de una mujer... Era aquélla. Me han bastado pocas palabras para que lo confesara todo. Ella y su hermano andaban persiguiendo hace ya tiempo a Chadwicke. Su hermano es éste. Mientras ella estaba hablando con Chadwicke, él acechaba en el jardín. Desde allí disparó. Una vez cometido el crimen, quiso apoderarse de la caja, a fin de que las cartas que hay dentro no le acusaran. Son cartas de amor de su hermana...

Hubo un largo silencio. Después de él, el policía añadió:

—Esta caja parece que trae mala suerte, pero no estará mal abrirla y enterarse de lo que contiene.

Las dos mujeres se pusieron a temblar, pero ninguna se atrevió a decir nada en contra del propósito del policía. Este abrió la caja. Solamente había una tarjeta en la que decía de puño y letra de Chadwicke:

«El contenido de esta caja ha sido quemado por mí.»

Respiraron Julia y Evelina. La primera preguntó a su marido:

—¿Y si hubieran habido cartas mías en esa caja, Dan?

—Te habría abandonado inmediatamente.

—Entonces, me alegro de que no las hubiera, porque te amo demasiado para perderte.

Evelina, que se había alejado hacia una balcón con su novio, le preguntó:

—Si hubiera habido cartas mías en la caja, ¿me habrías perdonado, Jaime?

—No digas tonterías... Ni siquiera conocías a mi principal... Pero fué una mentira muy oportuna la que dijiste para salvar a Julia.

—Es porque quiero mucho a mi hermana, y ella adora a su marido... aunque no llegue su cariño ni a la mitad de lo que yo te quiero a ti.

El le cogió la cabeza y le buscó con su boca los labios. Fué un beso de pasión encendida, más que todas las cartas de amor.

FIN

Nueva colección de Postales-retratos de
ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS (Fotografias)

ART ACORD	LILLIAN HALL
AGNES AIRES	WILLIAM S. HART
ITALIA ALMIRANTE MANZINI	WANDA HAWLEY
MARY ANDERSON	SESSUE HAYAKAWA
ROSCOE ARBUCL (Fatty)	WALTER HIERS
RICHARD BARTELMES	HELEN HOLMES
ENNID BENNET	CAROL HOLLOWAY
ARMAND BERNAT	CLARA HORTON
FRANCESCA BERTINI	JACK HOXIE
CONSTANCE BIDNEY	CHARLES HUTCHITSON
GEORGES BISCOT	GARET HUGES
ALICE BRADY	MARIA JACOBINI
ALBERTO CAPOZZI	EDITH JOHNSON
NARCYA CAPRI	ROMOUALT JOUBE
JUNE CAPRICE	LEATRICE JOY
HARRY CAREY (CAYENA)	ALICE JOYCE
JAWEL CARMEN	DIANA KARENNE
IRENE CASTLE	TILDE KASSAY
MARGARITA CLARCK	RUSTER KEATON (Pamplinas)
JANE COLW	MADGE KENNEDY
GRACE CUNARD (Lucille)	DORIS KENYON
ELENA CHADWICH	NORMAN KERRY
LOAN CHANEY	CLARA KIMBALL YOUNG
CHARLES CHAPLIN (Charlot)	MOLLIE KING
CHARLES CHAPLIN (Charlot. paisano)	JAMES KIRKWOOD
DOROTHY DALTON	NATALIA KOWANGO
VIOLA DANA	LAURA LA-PLANTE
BEBE DANIELS (Ella)	DOUGLAS MAC LEAN
HELENA DARLY	VITORIA LEPANTO
RACHEL DAVYRIS	MITCHEL LEWIS
PRISCILLA DEAN	ELMO K. LINCOLN
CAROL DEMPSTER	MAX LINDER
REGINALD DENNI	ANNA LITTLE
WILLIAM DESMOND	BERT LITTLE
YENIA DESNI	MARGARET LIVINGSTONE
KATERINE MAC DONALI	LUISA LORRAINE
LUCY DORAINE	BESSIE LOVE
WILLIE DOVE	LOISE LOVELY
WILLIAM DUNCAN	HAROLD LLOYD (El)
MISS DU-PON	MACISTE
MAXIME ELLIOT	CHARLES MACK
ELIONOR FAIR	GINETTE MADDIE
DOUGLAS FAIRBANKS	LYA MARA
FRANKLIN FARNUM	MAE MARSH
WILLIAM FARNUM	MARGARET MARSH
GERALDINA FARRAR	SHIRLEY MASON
ELSIE FERGUSON	M. MATHF
MARGARITE FISHER	FRANK MAYO
FRANCIS FORD (Conde Hugo)	THOMAS MEIGHAM
ALEC B. FRANCIS	MARY MILES MINTER
PAULINA FREDERICK	SANDRA MILOWANOFF
MAUDE GEORGE	GASTON MITCHEL
EDUARDO (HOOT) GIBSON	TOM MIX
JEQUELINE GODSON	BLANCHE MONTEL
	TOM MOORE

ANTONIO MORENO
JACK MULHALL
MAE MURRAY
RENE NAVARRE
ALLA NAZIMOVA
POLA NEGRI
ANA Q. NILSON
MAREL NORMAND
MARIA OSBORNE
SENA OWEN
BABY PAGE
JEAN PAGE
LIVIO PAVANELLI
DORIS PAWN
EILEN PERCY
HOUSE PETERS
MARY PHILBIN
JACK PICKFORD
MARY PICKFORD
EDDIE POLO
HENNY PORTEN
MARIA PREVOST
PRINCE (Salustiano)
HEBERT RAWLINSON
CHARLES RAY
WALLACE REID
FRITZI RATGEWAY
M. RINSCKI

CAMILO DE RISSO
WILL ROGERS
RUTH ROLAND
MARCELLE ROLLET
WILLIAM RUSSELL
PATSI RUTH MILLER
JOE RYAN
CLARISE SELWYENE
LARRY SEMON
GUSTAVO SERENA
PAULINE STARK
ANITA STEWAR
GLORIA SWANSON
CONSTANCE TALMADGE
NORMA TALMADGE
ALICE TERRY
OLIVE THOMAS
MADELAINE TRAVERSE
RODOLFO VALENTINO
VIRGINIA VALLI
VERA VERGANI
MARIA WALCAMP
GEORGE WALSH
GLADIS WALTON
FANNIE WARD
PEARLT WHITE
BEN WILSON

20 céntimos ejemplar

Díz por ciento de descuento tomando toda la colección

Pedidos acompañados de su importe en sellos o por
Giro Postal a **Publicaciones Mundial**. Apartado de Co-
rreos 925. Barcelona.

FIGURINES DE MODAS

Los más elegantes, los más prácticos, los preferidos por el público de buen gusto, son los siguientes

Album de Bal	Anual	10'—pts.
Blouses Artistiques	Temporada	5'— »
Blouse Ideal	»	2'50 »
Chapeaux Modernes	4 veces año	3'50 »
Ideal Parisien	Mensual	3'— »
Joie des Modes de Paris . .	Temporada	4'— »
Manteaux et Costumes de Promenade	»	3'— »
Mode de Paris	»	3'— »
Mode Nationale	Mensual	1'25 »
New Ladies Fash'ons . . .	10 veces año	6'— »
Patrons Favoris Dames . .	Temporada	3'— »
» » Ceremonies	»	5'— »
» » Blouses	»	5'— »
» » Enfants	»	3'— »
» » Lingerie	»	5'— »
» » Tailleur	»	5'— »
» » Gentlemens	»	5'— »
Fashions	»	5'— »
Patrons Favoris Travestis .	Anual	5'— »
Paris Chic	Mensual	5'— »
Toilettes d'enfants	Temporada	2'50 »
Toilettes Modernes	»	2'25 »
Ultima Elegancia	Mensual	1'25 »
Tres Chic	»	4'— »

Estos títulos no necesitan encomio; figuran a la cabeza de sus similares y su difusión es inmensa entre la verdadera elegancia del mundo entero.

Descuentos convencionales a los señores corresponsales y libreros.

Pedidos acompañando su importe a Publicaciones Mundial, Barará, 15. Apartado 925—Barcelona